

emperador de los franceses á volar inmediatamente al auxilio del emperador de Rusia. «En el caso de que Austria comenzase una guerra contra Francia, el emperador de Rusia se obligaba á declararse contra el Austria y á hacer causa comun con Francia, pues éste era uno de los casos á que se refería la alianza de ambos imperios (1);» tal era el artículo que en 1809 debía decidir y decidió la conducta definitiva del rey de Prusia.

La carta que el ministro Stein había escrito en 15 de agosto al príncipe de Sayn-Wittgenstein que estaba en Dobberan (2) contenía entre otras las siguientes frases: «La indignacion sube cada dia de punto en Alemania y es prudente alimentarla é influir en el ánimo de los hombres. Desearia

vivamente que se mantuvieran las alianzas en Hesse y en Westfalia, que la gente se preparara para ciertos casos, que se estrecharan relaciones duraderas con hombres enérgicos y bien dispuestos, y que se pusiera á éstos en relacion con otros. Si vuestra alteza ha de hacerme sobre este particular algunas indicaciones, le suplico que me envíe á H. Koppe ó á cualquiera otra persona de confianza. — La cuestion de España produce gran impresion y demuestra palpablemente lo que hace mucho tiempo hubiéramos debido creer, pudiendo ser de mucha utilidad propagarlo de una manera prudente. Aquí se considera inevitable la guerra con Austria, lucha que decidirá de la suerte de Europa y por tanto de la nuestra. ¿Qué resultado espera vuestra alteza?» El portador de



Napoleon cruzando la sierra de Guadarrama.

esta carta era un funcionario del ministerio, el asesor Koppe, de quien Stein se había valido ya muchas veces como correo en las ocasiones difíciles y que como tal correo era conocido. El mariscal Soult, general en jefe del ejército francés en Prusia, al mandar prender á este funcionario ministerial y despojarle de sus papeles cometió un acto de fuerza, en el fondo tan ilegal como si hubiera sorprendido al ministro en persona y arrebatádole sus documentos. Pero el plan que de esta carta se desprendía y que había sido divulgado al mundo entero con la publicacion del documento en el *Monitor* de 8 de setiembre, consistía en obrar, y el ministro que lo había concebido distaba mucho de sentirse dispuesto á abandonarlo. Cuando llegaron á Konigsberg las proposiciones que habían de dar por resultado el tratado de setiembre, Stein las declaró inadmisibles porque los nuevos pagos que en ellas se exigían eran exorbitantes, y escribió en 12 de octubre (3) que el rey solo podía firmarlo en el caso de que lo

(1) *Corresp.*, XVII, págs. 544-547.  
(2) Pertz, tomo II, págs. 231-233.  
(3) Pertz, tomo II, págs. 247-249.

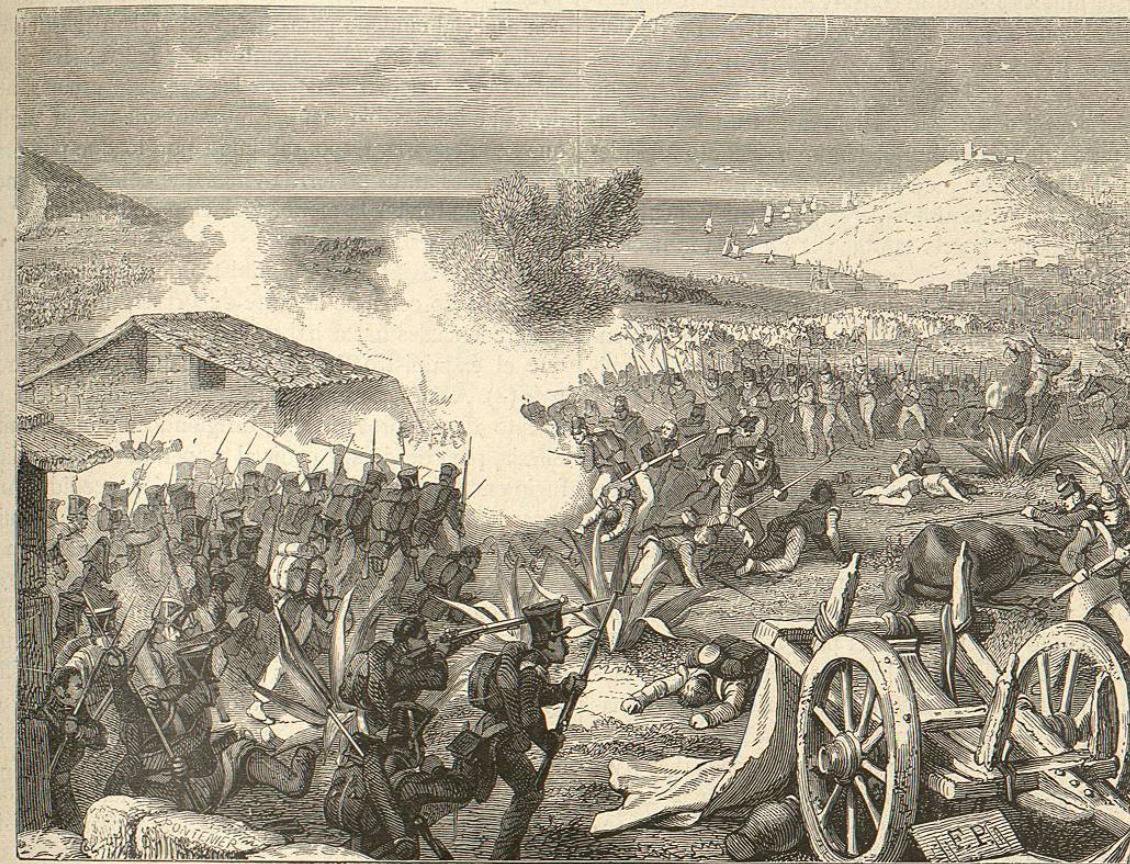
hiciera con el firme propósito de romperlo en el momento en que el Austria declarara la guerra al emperador, lo cual no sería mas que emplear «la astucia contra la insensatez y la violencia.» «¿Por ventura ha de ser el emperador Napoleon el único á quien le esté permitido sustituir el derecho con el capricho, la verdad con la mentira? Para los hombres honrados no hay mas remedio que convencerse de que el perverso es capaz de todas las maldades, y de que, esto sentado, es preciso obrar con rapidez, energía y perseverancia. Tener confianza en un hombre de quien con tanta razon se decía que tenía el infierno en el corazón y el caos en la cabeza, es mas que una obcecacion, es un grado elevado de locura.» Terminaba con el consejo tantas veces repetido de aproximarse al Austria, de preparar todos los recursos físicos y morales en el interior y de romper las cadenas francesas en cuanto estallara la guerra, insistiendo en que de todas maneras «era preciso alejar á los partidarios de una ú otra de las dos tendencias opuestas á la decision tomada,» segun fuere la resolucion que adoptara el rey.

Cuando el conde Goltz se reunió en Erfurt con Napoleon y Champagny, éstos hablaron de Stein en tono tan amena-

zador, que aquel escribía en 9 de octubre al ministro (1) que no podía seguir ocupando su cargo de tal sin exponer al monarca y sin perjudicar altamente al país, sobre el cual pesaban ya hartas desgracias. Aconsejábale, en su consecuencia, que se retirara de la vida pública, que simulara un traspaso de bienes en favor de su esposa, que en apariencia renunciara al ministerio, y que siguiera gobernando en secreto por medio de un supuesto ministro que fuera un hombre adicto y de toda su confianza. El día 19 de octubre Stein entregó esta carta al rey acompañándola de un escrito en el cual preparaba algunos ofrecimientos en armonía con su contenido (2). Segun él, la guerra de España daría tanto que hacer á Napoleon, que éste no tendría tiempo para

cuidarse de su persona en cuanto le viera desposeído de la posicion que entonces ocupaba. En 28 de octubre presentó su plan de reforma de las supremas corporaciones administrativas de la monarquía prusiana, que ya conocemos (3), acompañado de una proposicion para que se le relevara de su alto cargo y se le concediera entre los consejeros secretos de Estado un puesto que tuviera en el Consejo de Estado (en el ministerio de Estado, como hoy diríamos) asiento y voto, y el derecho de hablar y de hacer proposiciones en determinados casos de importancia (4).

Este expediente hubiera tenido buen éxito si Stein no hubiese ocupado ante la opinion pública una posicion mas firme de lo que él mismo creía, posicion que estaba insepa-



Batalla de la Coruña: muerte del general inglés Moore

blemente unida á su nombre y de la cual no podía desprenderse como quien cambia de traje. En efecto, Stein era considerado como la cabeza visible del partido invisible de la guerra, que tenía su estado mayor en la *Tugendbund* (liga de la virtud), su séquito en el ejército y centenares de millares de conjurados entre el pueblo. Ni era miembro de la *Tugendbund* ni sostenía relacion alguna con ella ni con ninguna otra asociacion patriótica secreta; pero todo el mundo le tenía por lo que en realidad era por sus sentimientos, á saber, ministro de la futura guerra de independencia y de venganza que todo el que se llamaba hombre esperaba con impaciencia, y por tanto no tenía derecho, en una época en que era preciso elegir entre la guerra y la paz, para dejar de llamarse ministro y continuar siéndolo á la sombra de otro. Así lo comprendió el rey, y mas lo comprendió así el mismo Stein cuando el monarca le devolvió sin su firma un llamamiento dirigido al pueblo prusiano, llamamiento en el cual con ardorosas frases se pasaba revista al trabajo de reconstruccion

que en el espacio de un año se estaba realizando en Prusia y que debía continuar en el sentido en que había sido iniciado. Era, pues, una perifrasis del escrito de 26 de setiembre (5), propagado ya por medio de la prensa y que no había producido escándalo ninguno; pero era muy distinta de un artículo de periódico una proclama dirigida por el rey en persona á su pueblo en un momento de febril excitacion como aquel en que entonces se encontraba la amordazada Prusia con motivo de los desastres de España y de la evacuacion comenzada del país, y refrendada por un ministro como Carlos de Stein. Al final de esta proclama se decía (6): «Amados ciudadanos de mi imperio, tengo plena confianza en vuestro amor y en vuestra firme lealtad, ¡tenedla tambien vosotros en vuestro bondadoso rey! ¡Dad al mundo el ejemplo hermoso de un pueblo

(3) Pertz, tomo II, pág. 689.  
(4) Pertz, tomo II, págs. 262-264.  
(5) Pertz, tomo II, págs. 241-244.  
(6) Pertz, tomo II, pág. 269. No deben confundirse aquel artículo y este llamamiento con el trabajo de Schon titulado: *Testamento del baron de Stein*, que en 1817 publicó la *Oppositionsblatt* (*Diario de oposicion*), despues *Gaceta de Weimar* (*Weimar'schen Zeitung*).

(1) Hassel, págs. 576-577.  
(2) Hassel, pág. 567. Véase Pertz, tomo II, pág. 260.



agobiado, sí, por el peso de la desgracia, pero unido y estrechamente ligado á sus príncipes! Y suplicad ardentemente al cielo que conceda al Estado una suerte propicia para que pronto pueda ser lo que tantos esfuerzos hace por conseguir y para que nuestras esperanzas se vean plenamente realizadas.»

Cuando el rey, invocando «los motivos que ya Stein conocía,» se negó á sancionar este llamamiento, que ya había sido modificado, Stein, en 7 de noviembre, solicitó su retiro definitivo, única manera de calmar todos los temores, que no se apaciguarían mientras tuviera él alguna intervención en los negocios (1). Pero á pesar de esto, fué preciso que Hardenberg consignara expresamente, en un dictamen de 12 de noviembre, la imposibilidad de conservar á Stein en su puesto (2) y que el conde Goltz, á su regreso de Erfurt y de Berlín, confirmara que la permanencia de Stein en el poder sería un pretexto para que la evacuación se aplazara, para que el rey se decidiera á desprenderse del gran ministro. Despidióse de él en 24 de noviembre diciéndole: «Siento verdaderamente en el alma tener que renunciar á un hombre como vos, que tenía los mas legítimos derechos á mi confianza y que en tan alto grado poseía también la de toda la nación. De todas maneras, pueden servirlos de la mayor y mas noble satisfacción y tranquilidad así las manifestaciones que os hago como el convencimiento de haber sentado los cimientos, de haber dado el primer impulso á una mejor y mas vigorosa organización del arruinado edificio del Estado (3).»

Entretanto Napoleón al frente de 250,000 veteranos avanzó desde el Ebro hasta Madrid en una brillante campaña de tres semanas. Los mariscales Víctor y Soult derrotaron en Espinosa y en Burgos (10 y 11 de noviembre) á la mitad del grueso del ejército español y la otra mitad fué aniquilada en Tudela (23 de noviembre) por el mariscal Lannes, cuando Napoleón forzó en 30 de noviembre el paso de Somosierra, conquistando de esta suerte el paso á la cordillera del Guadarrama. El día 2 de diciembre se encontraba en las alturas que dominan á Madrid. «El aniversario de la coronación, — decía el *Boletín* del ejército de España, — momento histórico que inició una larga serie de venturosos días para Francia, despertaba en todos los corazones los mas dulces recuerdos é infundía á las tropas un entusiasmo que se manifestaba por millares de aclamaciones. El tiempo era espléndido y semejaba al que reina en Francia en los hermosos días de mayo (4).» Madrid, dentro de cuyas murallas imperaba un gobierno de terror, se rindió, y el día 4 de diciembre penetraron los franceses en la capital. El día 16 Napoleón expidió desde su cuartel general de Madrid el decreto de proscripción contra Stein, que decía textualmente:

«El llamado Stein (*le nommé Stein*), que trata de producir disturbios en Alemania, es declarado enemigo de Francia y de la Confederación del Rin. Los bienes que el referido Stein posea en Francia ó en los territorios de la Confederación serán confiscados. El indicado Stein será personalmente reducido á prisión por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados donde quiera que se le encuentre (5).»

Pero el sitio de peligro en realidad inminente era aquel donde debía desatar su furia este rayo de la guerra, y los temores que en su ánimo producían las noticias de Alemania vinieron á debilitar su acción en el preciso momento en que se preparaba para aniquilar al ejército del valeroso inglés

John Moore durante su retirada á las costas de Galicia. Este heroico general consiguió embarcar en la Coruña, en la escuadra inglesa, á todas sus tropas, á la vista del general Soult, y en el combate en que con su cuerpo cubrió su obra de salvación, fué alcanzado por una bala de cañón, que le derribó al suelo destrozándole por completo el hombro: á las pocas horas era cadáver (16 de enero de 1809) (6). Con la retirada de los ingleses, en quienes tantas esperanzas tenían puestas los españoles, coincidiendo con la aterradora superioridad que el ejército francés había conseguido sobre las últimas fuerzas regulares españolas, quedó Napoleón bastante tranquilo para poder regresar á París, y á su llegada escribió (24 de enero de 1809) á su embajador en la corte de Prusia, el conde Saint-Marsan, encargándole que vigilara con especial cuidado para que no se violara el artículo secreto del tratado de 8 de setiembre de 1808 relativo á las fronteras que no debían traspasar las tropas prusianas, añadiéndole que esto debía ocupar incesantemente su atención y que se le exigiera responsabilidad por lo que pudiera acontecer, «pues antes preferiría tener que comenzar de nuevo la guerra que tolerar la menor violación de este importante artículo del tratado (7).»

El conde Saint-Marsan, ministro de Francia recientemente nombrado cerca de la corte de Prusia, no debía presentar sus credenciales hasta haber adquirido la certeza oficial de que el ex-ministro Stein había abandonado realmente el país (8). A su regreso á Berlín había tenido Stein conocimiento de su proscripción, dirigiéndose inmediatamente á Silesia, para desde allí pedir al emperador de Austria un refugio en Bohemia, petición que le fué concedida. Antes de pasar la frontera escribió á la esposa del príncipe Guillermo una carta de despedida, fechada en 12 de enero, en la que decía entre otras cosas: «Dentro de pocas horas saldré de un país á cuyo servicio he consagrado treinta años de mi existencia y en el cual encuentro ahora mi ruina. Patrimonios que desde hacia 675 años pertenecían á mi familia, desaparecen; todos los vínculos á que se sentía atada mi vida son destruidos, y me encuentro desterrado de mi patria sin tener la seguridad de hallar un asilo para mí y para mi familia. ¡Ojalá que mi ruina, en medio de tan revueltos tiempos, pueda ser útil para mi desdichada patria! Si así es, la sufriré con alegría (9).»

Al frente del gabinete austriaco se encontraba, desde principios de 1806, el conde Felipe Stadion, que era para los patriotas de Austria lo mismo que Stein para los de Prusia y que precisamente entonces acariciaba los mas vastos planes. De entre sus mas fogosos correligionarios conocemos ya al joven conde de Metternich, que á la sazón se presenta á nuestros ojos como el mas elocuente campeón de todos los errores y de todas las ilusiones que tan caras hubieron de pagarse en la guerra de 1809.

Estos errores y estas ilusiones se fundaban, sin embargo, en puntos de vista y en opiniones que á nadie podrían deshonrar. El ministro de Viena y el embajador en París coincidían en su modo de apreciar á Napoleón y á su política y consideraban al corso que había destruido la posición del Austria como un aventurero sin honor y sin conciencia, sin fe y sin lealtad, como un hombre de quien no podía esperarse nada bueno y de quien eran de temer todas las infamias, que no podía cometer mas que perfidias y crueldades desde que apoyado por la alianza de Tilsit se había entregado á una

(1) Pertz, tomo II, págs. 270-271.

(2) Hassel, pág. 568.

(3) Pertz, tomo II, págs. 299-300.

(4) *Bulletin de l'armée d'Espagne. Quartier général devant Madrid, 5 Dec. 1808. Corresp.*, XVIII, pág. 91.

(5) Pertz, tomo II, pág. 319.

(6) Baumgarten, tomo I, págs. 329-334.

(7) *Corresp.*, XVIII, pág. 237.

(8) Véase sobre este particular A. Stern: *Trabajos y documentos*, pág. 269.

(9) Pertz, tomo II, pág. 323.

política que significaba la negación de todo derecho, la proscripción de todo sentimiento de justicia, la ruina de toda organización legal. La unidad de la manera de pensar de Stadion y Metternich tuvo su expresión involuntaria é inmediata cuando llegó la noticia de la revolución palaciega de Aranjuez, que entonces fué universalmente considerada como un golpe de Estado de Napoleón. Si se compara la memoria de Metternich, de 30 de marzo de 1808 (1), con la de Stadion, de 15 de abril (2), se encontrará en ambas expuesta con las mismas palabras la confesión de que el trastorno ocurrido en España equivalía á una declaración de guerra contra todas las antiguas cortes y contra todas las dinastías tradicionales. «Hay existencias, — escribía Metternich, — cuya unión entre sí es imposible: la del actual poder público de Francia es incompatible con la conservación de un trono europeo cualquiera

que sea, pues ¿quién sería capaz de dar tal nombre al montón de prefectos coronados que desde hace algún tiempo deben su existencia á este mismo poder y que prolongan su miserable vida gracias á la sangre y al dinero de sus súbditos? ¿Con cuántos sacrificios conseguirá el gabinete de San Petersburgo llegar á la suma de los que desde hace algunos años viene haciendo por Francia el infeliz Carlos IV? ¿Qué mas concretas protestas de amistad puede esperar Alejandro que las que ha recibido el gobierno español? Stadion no podía explicarse la destrucción de un poder ya vasallo, mas que por la firme voluntad de Napoleón de no tolerar mas reyes que sus propias hechuras. Y el mismo archiduque Carlos decía en una memoria de 14 de abril: «Hoy no puede preguntarse ya qué quiere. — Lo quiere todo (3).» Stadion hizo grandes preparativos con el único objeto de defenderse contra cualquiera

Facsimile de las firmas puestas en una orden de Hofer y Speckbacher. — Colección del Presidente del Tribunal provincial de Berlín, Lessing.

catástrofe inminente. En 12 de mayo de 1808, es decir, antes del levantamiento general de los españoles, firmó el emperador una patente en que se ordenaba la formación de una milicia nacional: en virtud de esta patente todos los hombres aptos sujetos al servicio militar debían ser previamente inscritos y adiestrarse durante algunas semanas cada año en el manejo de las armas, para llenar las bajas que ocurrirían en los regimientos. Y antes de que pudiera tenerse siquiera noción de las fuerzas que reuniría el levantamiento de las últimas semanas de mayo, publicóse en 9 de junio otra disposición en virtud de la cual se mandaba formar con todos los varones de 18 á 25 años que no sirvieran en el ejército una milicia para defender el territorio patrio. La actitud del pueblo español fortalecía en el ánimo de Metternich la fe juvenil que tenía en la fuerza de un pueblo. En 4 de julio calificaba de magnánimo este levantamiento de un pueblo «en favor de soberanos que no se atrevían nunca á negar una firma» y esperaba que la fuerza del ejemplo sería fructífera para la liberación de Europa. Entonces creía con mas fe que antes que todo gobierno en el momento de la crisis encontraría grandes recursos en la misma nación y que su misión consistía en despertarlos y apreciarlos debidamente: «un solo ejemplo de energía bien dirigido por un príncipe y seguido con perseverancia por un pueblo hubiera quizás evitado la obra destructora de Napoleón (4).»

Un levantamiento general y una guerra de pueblos, á imitación de los de España, comenzados por el movimiento de avance del ejército austriaco y por la explosión de sublevaciones bien preparadas en el Tirol, en la Alemania del Norte y en Italia: tal era el plan que Stadion consideró medio único de salvación, cuando el congreso de Erfurt vino á fortalecer mas y mas la alianza entre Napoleón y Rusia. El día 4 de diciembre de 1808 parece ser la fecha en que se resolvió en el palacio real comenzar la guerra en la primavera de 1809, pues de aquel día datan la memoria definitiva del conde Stadion (5) y las memorias en que el embajador conde de Metternich, llamado á Viena, compendia con irrefutable elocuencia todo lo que debía hacer inclinar del lado de la guerra los ánimos todavía vacilantes (6).

Con la seguridad que le daba un convencimiento adquirido en los mismos lugares y á fuerza de examinar atentamente los hombres y las cosas, exponía Metternich el cambio radical que habían sufrido la situación de Austria y la de Europa á consecuencia de los asuntos de España. Después de la paz de Pressburgo y del derrumbamiento del último baluarte de la independencia de Europa, la opinión pública así de Austria como de fuera de Austria no abrigaba la menor duda de que para esta nación no había mas salud ni mas salvación posible que la amistad íntima con Francia ó, por lo menos, la neutralidad mas absoluta. «Pocos hombres calculaban en el silencio de su gabinete que para Napoleón amis-

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 588-592.

(2) Beer: *Diez años de política austriaca*, págs. 308-309.

(3) Beer, pág. 512.

(4) Beer, pág. 320.

(5) Beer, págs. 340-341.

(6) Beer, págs. 516-539.